

NACER a LOS 14 PARA MORIR a LOS 27

Ivonne Lara Navarro

Ser lesbiana fue ser señalada por ello antes de descubrir que lo era.

Fue ser llamada tortillera antes de saber lo que significaba.

Fue ver, en secundaria, cómo le rompieron la alegría, la paz y la sonrisa a Norma, porque alguien dijo que era “rara”. Fue hablarle a escondidas para no ser rechazada por los mismos jueces de 13 años que no sabían nada del pecado ni del delito, pero sí del castigo.

Ser lesbiana fue aceptar a los 14 que lo era y ser silenciada. A pesar de eso, fue morir por primera vez a los 14 para comenzar a vivir, a partir de ahí, una segunda vida. Visto de otro modo, fue nacer a los 14.

“Sólo estás confundida, ¿cómo no vas a estarlo si te juntas con puros jotos y machorras? Supongo que hasta se drogan, supongo que hasta tienen sida”.

“Sólo estás confundida y quieres llamar la atención”.

Fue ver el asco en el rostro de mi padre, del mismo cabrón que después se fue con su amante dejando atrás tres hijos y una esposa, un hogar roto y un hueco en la calma.

Ser lesbiana fue descubrir el amor en los brazos de L y aún no poder decir su nombre porque nunca salió del clóset. Fue salir con F y jurarle guardar el secreto, fue escucharla decirme un día que eso era sólo un juego, ¿cómo iba a ser real si las dos éramos mujeres?

PIROCROMIO

45

#25 LGBT+

Fue encontrar un refugio en el regazo de la chica que me engañaba con su exnovio, y ver la satisfacción en los ojos de mi madre al enterarse y decir que me lo merecía.

Ser lesbiana fue ser acosada por un idiota 10 años mayor que yo, con el consentimiento de mis padres, a ver si así me “arreglaba”. Nunca estuve descompuesta, pero después de eso estuve rota.

Fue saber que la vida sería compleja y perder la esperanza antes de conocerla; acumular nombres en una lista y esconder besos sin rostro en el doble fondo de un cajón.

Fue ser chantajeada por dos oficiales, quienes nos dejarían en paz a mi novia y a mí a cambio de favores sexuales. Aún no tenía ni 18.

Ser lesbiana fue ser expuesta en una reunión familiar por la imbécil de Carmela y su hermana Beatriz, las primas del rancho que llegaron sólo a vomitar el chisme para ver qué cara ponían todos. Fue encerrarme en mi cuarto a llorar cuando me fue arrebatada una pulsera con los colores del orgullo, colores que ya llevaba en la sangre. Fue ver cómo rompían el póster de mi puerta, el último vestigio de L tras desaparecer huyendo de un padre violento y un exnovio psicópata.

Ser lesbiana fue escuchar a unos ancianos sin dientes decir “esto es lo que les hace falta, asquerosas”, mientras se agarraban los miembros afuera de un parque.

Fue esconder el amor en una caja llena de cartas bajo la cama, y esconder el dolor entre insomnios, llanto sofocado y cicatrices de autoleiones.

Fue sonreír discretamente al ver a dos críos de secundaria ocultarse en la noche para darse un beso, a unas chicas enlazando sus manos en el cine con disimulo.

Fue llorar sola en una casa vacía escuchando *Por amor al arte* y cantar casi gritando *Todos me miran* a coro en un antro gay.

Fue salir a marchar un día con ganas de que me vieran todos los que nunca fueron capaces de cerrar la boca o de abrir los ojos, que supieran que ya nunca más estaríamos solos.

Fue un día, sin más, tomar la mano de mi novia al caminar por la plaza, fue sentirme segura en sus brazos y en sus palabras, fue planear un futuro suave sobre el cual caer rendidas de tanta andanza.

Fue creer que el odio nunca volvería a ser más fuerte que el amor.

Fue suponer que las palabras ajenas no herirían hasta matar, pero descubrir que el odio, cuando no cabe por la boca, se escapa por las manos.

Fue no darme cuenta de que me siguieron al salir del bar, el mismo chico que nos insistió para hacer un trío (al que pareció no gustarle escuchar un “no”) y varios de sus amigos.

Fue no saber de dónde vino el primer golpe, ni recordar cuál fue el último que sentí.

Fue miedo, incertidumbre e impotencia, chillidos e insultos. “Pinche desviada”. Una navaja revolviendo mis entrañas. “¿No que querías ser como hombre?”. Risas burlonas. “Te hubieras traído a tu morra, también se la hubiera pasado bien”. Las ropas ensangrentadas sobre el suelo, alguien preguntando si quiero más, una bota oprimiéndome el cuello y una patada en la quijada para apagar los gritos de auxilio.

Fue ser reducida a un titular amarillista que se perdió entre otros tantos, aburridos y cotidianos:

Muere presunta prostituta tras asalto violento. [...] probablemente estaba ebria, probablemente estaba drogada.

No estaba confundida, tampoco quería llamar la atención.



Tanto de mí, Adriana Mosqueda Govea.